

Hoy me parece que en esta conferencia, que fue una especie de autobiografía, estuvieron presentes todos los temas de la obra posterior de Camus, de *La peste* a *Los justos* y a *El hombre rebelde*. Pero en ella estuvo presente, discretamente en la sombra, el otro Camus, el Camus al que no puedo llamar ni más sincero ni artísticamente superior, pues simplemente es “el otro”, celosamente oculto en su ser secreto: el Camus angustiado, oscuro, misántropo, cuyo anhelo de comunicación humana tal vez era aún más grande que el del autor de *La peste*; el hombre que, al cuestionar al mundo, se cuestionaba a sí mismo, y al hacerlo daba testimonio de su propia vocación. Este es el Camus de las páginas finales de *El extranjero*, y en especial el Camus de *La caída*, en donde escuchamos su ser más hondo, el atormentador que atormenta, habla, se opone a todas las formas de la complacencia y de la autosatisfacción moral. Camus escribió: “me perseguía una aprehensión ridícula: no puede uno morir sin haber confesado todas sus propias mentiras... de otro modo, de haber una falsedad oculta en una vida, la muerte sería definitiva... este asesinato absoluto de la verdad me causaba vértigo...” Con estas palabras, me parece, el diálogo de Albert Camus con sus contemporáneos, truncado por su muerte, es completo, a pesar de todo.

## El jesuita\*

Nicola Chiaromonte

**F**uimos a la misma escuela, al Collegio Massimo, el antiguo colegio de los jesuitas en el que los hijos de la clase media romana compartían el aula sin mezclarse con los descendientes de la aristocracia “negra”.<sup>1</sup> Juntos fuimos responsables de un acto colectivo que consistió en saludar al maestro de francés con la palabra *Escita* susurrada por treinta bocas, y



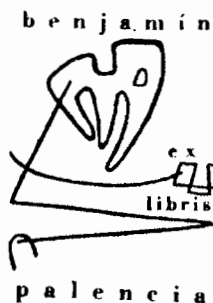
ERNST WUTHENOW

\* Traducción y notas de Antonio Saborit

<sup>1</sup> Se refiere a la aristocracia romana creada por los papas, y no por los reyes. (Nota de los editores de *Partisan Review*.)

también de la edición de una revista escolar en mimeógrafo, una iniciativa estrictamente prohibida por los padres. Jugamos fútbol e hicimos estallar minas caseras en el mismo terreno baldío. Estuvimos enamorados de Pearl White y en su nombre hicimos infinidad de cosas fuera de la norma y deshonestas, como vender los libros de texto y hurtar dinero de las carteras de nuestros padres con tal de no perdernos el siguiente episodio de *Los misterios de Nueva York*.<sup>2</sup> Pero al llegar a los quince años nuestros caminos empezaron a separarse: Martelli ingresó a la Juventud Católica —la versión prefascista de los demócratas cristianos—, mientras que yo me inclinaba por D'Annunzio y (debido a D'Annunzio) también por Mussolini. Entre tanto, yo había empezado también a dejar de creer en Dios, y más que nada en la necesidad de someterme a la tortura de la confesión semanal, mientras que Martelli continuó siendo un joven devoto y cada año se iba de retiro a realizar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio bajo la dirección de un padre muy anciano, famoso en toda la Roma católica como destacado especialista en ese tipo de devoción. A consecuencia de eso, Martelli y yo dejamos de intimar, y de hecho empezamos a tener amigos diferentes. Pero nuestras polémicas ideológicas quedaron como un fuerte vínculo entre nosotros, debido en especial a que de la política ambos salimos corriendo hacia la teología. Era Santo Tomás en contra de Nietzsche —o más bien, Zaratustra— y, como era lógico, Nietzsche sufrió numerosas derrotas; al mismo tiempo, Martelli me ganaba consistentemente en el ajedrez. Para entonces ya no éramos amigos, y si de vez en cuando lo veía era sobre todo para poner a prueba, ante su habilidoso apego a la tradición, alguna idea o argumento nuevos. A veces Martelli interrumpía repentinamente la discusión y, mirándome a los ojos, anunciaba que estaba orando por mí. A lo cual, ¿qué otra cosa podía contestarle más que “gracias”? Poco después, a los diecisiete años, Martelli me dijo que se iba a hacer jesuita. Un año después ingresó al noviciado.

No lo vi durante tres años, y cuando emergió de su encierro había sufrido una extraña mutación. Sencillamente ya no había nada espontáneo en él; la premeditación estaba detrás de cada uno de sus actos y gestos. Fue como si su ser más interno se hubiera sometido a un proceso aterradora-



<sup>2</sup> Pearl White (1889-1938). Actriz muy famosa por su participación en los llamados serialés del cine mudo, entre ellos: *The Exploits of Elaine* (*Las peripecias de Elena*, 1915), *The Romance of Elaine* (*Los misterios de Nueva York*, 1915) y *The New Exploits of Elaine* (*La mano que aprieta*, 1915). Su última participación en un serial fue en *Plunder* (1923).

mente cabal de cirugía plástica. “Como si fuese un cuerpo muerto, o como un bastón de hombre viejo”: el objetivo que San Ignacio estableciera absolutamente en el capítulo *De Obedientia*, también en Martelli se había alcanzado.<sup>3</sup> El adolescente, el joven, el ser humano defectuoso, había sido enmendado, enderezado, moldeado en un patrón preestablecido, transformado en una herramienta espiritual confiable. De Martelli tal y como lo conocí quedaba tan sólo el cascarón externo, y ni siquiera eso, pues también habían cambiado su expresión y sus gestos. Ninguna otra organización, pensé, era capaz de obtener tanto de un hombre, tan sólo porque ninguna otra organización se preocupaba por trabajar tan exhaustivamente en un individuo. Seguro que no un partido político, y seguro que no, tampoco, el Estado, por totalitario que fuera. El condicionamiento de la juventud de parte del régimen fascista parecía ciertamente insulso al compararlo con este tipo de logro.

Me vi sin manera alguna de comunicarme con mi viejo compañero de juegos, y sólo le podía hablar en términos distantes y vagos, o bien tratándolo como al emisario de un malévolo poder, la Iglesia, y haciéndolo enojar. Las raras ocasiones en que nos llegamos a ver, no supe qué hacer fuera de polemizar sobre el tema de la prostitución de la Iglesia con el fascismo. Martelli respondía que era un error juzgar a la Iglesia sobre bases así de triviales, y que, de cualquier modo, si bien lamentaba algunas de las cosas que yo decía, no podía evitar sentirse contento de que yo pudiera apasionarme tanto sobre la política de la Iglesia: esa no era una señal de indiferencia, ¿o sí? En cuanto al fascismo, a él tampoco le gustaba, pero si la Iglesia conseguía adelantar un poco sus metas gracias a la megalomanía de Mussolini, eso lo consolaba de los tristes aspectos de la situación. El punto era que siendo jesuita ya no se podía apasionar con los asuntos contemporáneos; la verdadera lucha, la única que podía apasionarlo, se daba en un nivel distinto. Entonces Martelli empezaba a hablar del alejamiento de la Iglesia del hombre moderno y de las doctrinas responsables de que tal cosa sucediera. En ese momento el aburrimiento me abatía y era in-

*En cuanto al fascismo,  
a él tampoco le gustaba, pero si  
la Iglesia conseguía adelantar  
un poco sus metas gracias  
a la megalomanía de Mussolini,  
eso lo consolaba de los tristes  
aspectos de la situación.*

<sup>3</sup> La cita completa dice: “como si fuese un cuerpo muerto, que se dexa llevar adondequiera y tratar comoquiera, o como un bastón de hombre viejo, que en dondequiera y en cualquier cosa que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve”, en *Constituciones de la Compañía de Jesús*, VI, capítulo 1 (“De lo que toca a la obediencia”), párrafo 547 del tomo de *Obras de San Ignacio de Loyola*, transcripción, introducciones y notas de Ignacio Iparraguirre, S. I., Cándido de Dalmases, S. I., y Manuel Ruiz Jurado, S. I., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, p. 580.

*Rechazamos la distinción según la cual la observancia de los ritos sólo indica cierto tipo de apego difuso a la tradición, y la idea de que, como la gente no siempre sigue a la Iglesia en la política, se ha apartado necesariamente de ella.*

capaz de discutir; la línea era demasiado rancia y demasiado extravagante.

En una ocasión traté de atajar a mi oponente recordándole que en 1850 Flaubert dijo que “nuestra alma es un libro cerrado para el clero”. Eso, dije yo, era cierto desde poco antes de 1850, y seguía siendo un hecho incontestable, aun teniendo que admitir que no sabíamos las consecuencias que resultarían de tal cosa.

—Eso es lo que yo llamo andar a la deriva —respondió el padre Martelli—. Tú le llamas libertad, supongo. Para mí este tipo de libertad, como te lo dirá Platón, trae a colación a su contrario, la tiranía. Si no se cuenta con un orden espiritual, se está destinado a lograr un cierto tipo de estado policiaco, porque a la sociedad *hay que* mantenerla junta. El individuo puede creer que basta como regla de conducta con seguir los propios antojos y con ser bien intencionado. Más aun, para hablar del único pueblo que conozco, los italianos, yo no veo que sus almas sean ese libro cerrado para nosotros los sacerdotes. Tal vez así lo parezca en las ciudades, porque de todos modos nadie sabe lo que sucede en ellas. Pero la gente se nos sigue acercando, te lo aseguro, en las ciudades y en los demás lugares, y no nada más para oír misa, sino para contarnos alguna cosa sobre sus almas y sus cuerpos. No tantos como uno podría desear, te lo concedo, pero son muchos.

Tal vez seamos unos malos lectores de las almas, pero nosotros buscamos cosas en la vida de la gente que al parecer a nadie más le importan. No existe un sustituto para el sacerdote de una parroquia. Hoy día no todo está bien en la religión. Pero el hecho es que casi nadie se niega a bautizar a sus hijos, y casi nadie tampoco rechaza un funeral religioso. Eso para nosotros no es suficiente, pero al menos indica que los italianos siguen siendo católicos. Rechazamos la distinción según la cual la observancia de los ritos sólo indica cierto tipo de apego difuso a la tradición, y la idea de que, como la gente no siempre sigue a la Iglesia en la política, se ha apartado necesariamente de ella. Mientras la gente siga viniendo a nosotros para que la casemos y para bautizar a sus hijos y para encomendar sus muertos a la misericordia de Dios, me parece que lo que está en duda es tu creencia y no nuestra fe.

En otros países el catolicismo puede ser más burdo o más refinado intelectualmente, pero es en Italia donde es más concreto, donde más arraigado está en la vida social. Es en Italia donde ese “cristiano” es sinónimo de “ser humano”. La Iglesia es muy parecida a la familia o a la tierra natal para los italianos: no es una idea, sino un apego que no se puede

desbaratar, pues nadie se lo puede sacar de la memoria. Ustedes los intelectuales se han habituado a maldecir a su propio pueblo por eso, diciendo que Italia es un mal país porque nunca tuvo una reforma religiosa, o una revolución social. En cuanto a mí, yo admiro la obra de Dios en Italia: lo duro, lo exitoso que el cristianismo católico ha sido, en términos generales, para civilizar a los italianos, es decir, para domesticar a la bestia que habita en ellos. Si el fascismo está llevando a Italia a la ruina, como dices tú a cada rato, confío entonces en que a la hora de la hora, entre Italia y la ruina, ahí estará la Iglesia.

En breve aprendí a escuchar al padre Martelli sin discutir, limitándome tan sólo a conocer la mentalidad y la lógica católicas, de la misma forma en que me ponía a leer *Civiltà Cattolica*, la revista mensual jesuítica, o *L'Osservatore Romano*. Fuera de Italia, los intelectuales tienden a pensar que la ciencia moderna, la filosofía moderna, la civilización moderna, les da derecho de acabar de una vez y para siempre con la cuestión católica. En Italia, la ambigüedad católica es un hecho que todo el tiempo está presente. Ni la lógica más clara ni el brutal poder político parecen estar preparados para combatirla. La casuística católica aparece un poco más allá de la superficie del neohegelianismo de Croce, mientras que el espacio de la vida futura, aun cuando no esté poblada de ángeles y demonios, sigue siendo todavía una causa eficiente de la conducta diaria, explicando mucho de lo que es inherente a la vida italiana, así como también mucho de lo que es amable y humano. En lo que respecta a la política en Italia, el Estado liberal no logró establecer del todo el principio supuestamente claro de la separación de la Iglesia y el Estado sobre terrenos jurídicos e intelectuales claros. El fascismo lo entendió. Pero aún más significativo que el acuerdo fascista del Vaticano, fue el hecho de que el ateo Mussolini apenas llegó al poder se vio acompañado por un asesor espiritual en la persona del padre Tacchi Venturi, S.J., la *Eminencia Negra*.<sup>4</sup>

Ante semejante situación, un italiano no-católico se ve tentado a asumir una visión moderadamente escéptica, y moderadamente realista, de los asuntos humanos. Sólo que el escepticismo realista, en especial el moderado, es un componente esencial de la mentalidad católica italiana. Así como



<sup>4</sup>Pietro Tacchi Venturi (1861-1956). Originario de San Severino Marche y tío del pintor Giuseppe Capogrossi (1900-1972). Editó la correspondencia de Mateo Ricci (1911-1913). Llegó a ser secretario general de la Compañía de Jesús. Tras la anexión de Austria en 1938, Mussolini solicitó al papa Pío IX, por conducto de Tacchi-Venturi, la excomuniación de Adolf Hitler.

*Sin embargo, al volver a Roma, lo primero que supe del padre Martelli fue que se había vuelto un célebre exponente de la corriente conocida como "neofascismo".*

la laxitud moral y lógica parece caracterizar al catolicismo en Italia, el rigor y el sectarismo morales parecerían más pertinentes y más eficaces. Sólo que el rigor y el sectarismo requieren de algún tipo de dogma, ¿y cómo podría darse en Italia un dogma que no sea católico? Cuando alguien ha recibido una educación católica, como yo, es sensible a tales preguntas, y la dificultad de encontrarles una respuesta se vuelve fascinante. Por eso me iba a conversar con Martelli y me entregaba a tales ejercicios al parecer tan faltos de recompensa, como la lectura de literatura católica y al cuidadoso escrutinio de las encíclicas papales. En cierto modo, yo seguía buscando la situación político-intelectual que acabara la intrincada partida entre italianos y católicos con un jaque mate indiscutible.

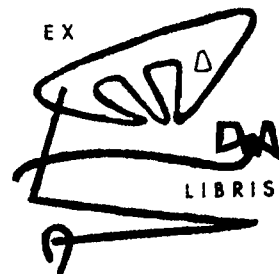
Salí de Italia en 1934 y no regresé sino hasta 1947. Mientras tanto, supe regularmente de mi amistad jesuítica en Navidad y en Pascua, cuando me enviaba sus buenos deseos, rezos e invitaciones a la oración. Por otra parte, no resistí la tentación de enviarle una postal desde Madrid en agosto de 1936. En cuanto a la historia personal de Martelli, yo lo único que sabía era que la orden lo había elegido como cura de parroquia, y no como maestro, académico o publicista. Eso me pareció un indicio de ciertas cualidades personales que no vi ni aprecié en él, y más especialmente de un espíritu evangélico sincero, que el deseo concreto de servir y ayudar a la gente —si no hubiera decidido ser sacerdote, me imaginaba yo, se habría hecho comunista— había sido el dominante en su carácter. Durante la guerra, imaginaba al padre Martelli asistiendo a los pobres, organizando la ayuda, dando uno de esos ejemplos de autonegación que obligan a la admiración y que en realidad son los que mantienen a la iglesia, posponiendo una y otra vez la retribución que de otra manera recibiría, como sobreviene a otros desadaptados laicos cuando depositan sus apuestas en el caballo equivocado —y el Vaticano con toda seguridad le apostó al fascismo con cierta insistencia.

Sin embargo, al volver a Roma, lo primero que supe del padre Martelli fue que se había vuelto un célebre exponente de la corriente conocida como "neofascismo". Un amigo mío lo había escuchado predicar un domingo. El sermón era sobre la parábola de los siervos vigilantes y lo que sobreviene: cómo fue que Jesús vino a la tierra a traer el fuego y la discordia, no la paz (Lucas 12: 35-43). Sólo que el orador habló fundamentalmente de la "autoridad", y mi amigo aseguraba que lo había aterrado su vehemencia extática. La tesis era que la autoridad es la manifestación suprema de la voluntad de Dios en la tierra; que así en la vida interior como en los asuntos públicos, la *verdad divina* se revela al hombre

esencialmente en la forma de un mandato imperioso; de ahí que el deber de los católicos en el tiempo actual sea el de orar y trabajar en favor de la restauración de la autoridad, la cual había quedado reducida a escombros junto con la moral, la economía y la vida nacional.

En lugar de que la noticia me sorprendiera, me impresionó el hecho de que tal llamado estuviera destinado a sonar solemne e inspirador en la Italia de marzo de 1947. Aun cuando son pacientes con él, los italianos se muestran básicamente molestos con el sacerdote que se pliega a los poderes existentes: les parece superfluo y sentimentaloides. Pero un padre que parece ir contra la corriente y estar libre de vínculos temporales, sonará apocalíptico y con toda seguridad encontrará público. (Un factor limitante, en el caso del padre Martelli, era el hecho de que su templo estaba localizado en una zona de clase media; a los jesuitas no les interesa la plebe.) Y tal y como fue, la libertad que acababan de recobrar los italianos, si bien todos la disfrutaban, fascistas y comunistas incluidos, era sentida como algo precario o provisional. Más aun, mientras que la palabra "autoridad", con sus derivados, era oficialmente tabú, y la autoridad de facto no existía prácticamente en lo concerniente al prestigio del gobierno, la pregunta sobre ella estaba en la mente de todos, y en el mejor de los casos no encontraba una respuesta definitiva.

La característica notable en la Italia posfascista es lo poco que ha cambiado Italia. Para ser precisos, los italianos se han negado a que los acontecimientos los cambien. Se han negado a hacerse más amargos, sombríos o mezquinos. Han mantenido las apariencias tal y como lo prescribe una de las leyes básicas no escritas de la conducta nacional, una ley que se funda en la desconsideración general de cualquier distinción precisa entre las apariencias y la realidad. No tiene nada de estoico el que los italianos guarden las apariencias; muy por el contrario. Significa una cierta naturalidad, la no-disposición a alterar los hábitos y los incentivos humanos. No existe la emergencia que justifique perder de vista los valores de la vida diaria. Cuando eso sucede, la cosa está muy mal. Los alemanes, los bombardeos, el hambre, las batallas, todo esto fue suficientemente malo. Pero se trató de excepciones. La regla: a la vida normal con sus componentes normales, desde hacer lana hasta soñar despiertos, no se le ha perdido de vista, y no podía ser, toda vez que parece ser una con la naturaleza misma. (De hecho, para la mentalidad italiana la guerra y las otras catástrofes creadas por el hombre no provienen tanto del mundo de los humanos como del ámbito de la naturaleza; es natural que, de vez en cuando, el hombre pierda el control sobre los acontecimientos.)



NICOLAS MULLER

Las batallas a duras penas acababan de concluir en el centro de Italia cuando jóvenes y viejos reanudaron las cosas, recogieron camiones deshechos, llantas, desarmadores y clavos, cualquier cosa que pudiera usarse de alguna manera. Durante las últimas semanas del sitio de Roma, mientras la ciudad de hecho padecía hambre, en los sectores pobres la gente estaba atareadísima reparando e improvisando todo tipo de artefactos para el florecimiento del esperado mercado negro; sólo hacían falta los suministros estadounidenses para redondear el trabajo. Uno de los dirigentes de la resistencia en el norte cuenta en sus memorias, muy de pasada, que se tomó unos días durante la lucha para ir a Trieste a recoger a su familia y llevarla de regreso a Milán, donde había encontrado un departamento —los departamentos eran espantosamente escasos. Y en Italia es un hecho que la vida en familia es prioritaria. En el mismo libro, el lector se entera de que en determinado momento el comandante en jefe de la resistencia, el propio Parri, anunció con tristeza ante el Comité de Liberación Nacional que si se llegaba a arrestar a su esposa él se entregaría a los alemanes. De ahí que a partir de entonces la suerte del movimiento de resistencia dependiera, entre otras cosas, de la familia de Parri.<sup>5</sup> La decisión, según añadió Parri, era el resultado de una tremenda lucha moral. Lo que ciertamente fue verdad, pero también quería decir que en Italia ni siquiera las condiciones creadas por los nazis lograron persuadir a un hombre que de otra manera aceptó su desafío para hacer incondicional su compromiso. Italia no es un lugar para los imperativos categóricos.

En lo que realiza una cosa, el italiano siempre tiene puesto el ojo en otra; a veces es un sentimiento, a veces es un sueño, con frecuencia se trata de un interés personal estrictamente. Esto hace decir a la gente que los italianos son realistas. A decir verdad, los italianos son personas prácticas, a pesar de que no sean exactamente pragmáticos o estén dedicados a la eficiencia. Pero en otro sentido, más desquiciante, también son realistas. Su visión de las cosas puede ser desesperadamente vulgar, no tanto atada a los hechos como a los detalles y a los detalles de los detalles. Se preocupan infinitamente por el mundo tangible. No se olvide el sentido en el que a Leonardo y a Galileo se les puede llamar realistas,



<sup>5</sup>Ferruccio Parri (1890-1963). Antifascista, participó a finales de 1926 en la fuga de Filippo Turati, el maestro del socialismo reformista italiano, a fin de evitar que cayera en manos de las autoridades italianas. Su participación en esta fuga le valió prisión de diez meses. Volvió a sufrir la cárcel en 1942. Al salir fundó el Partido de Acción, lo que le valió reingresar a prisión en 1944. Fue uno de los principales dirigentes de la Resistencia, bajo el nombre Maurizio, y entre junio y diciembre de 1945 fue primer ministro de Italia.



que también es italiano. En todo caso, el italiano más solitario es el "idealista", el hombre obsesionado y movido por una idea, no obstante las consecuencias, porque él quiere un "cambio" verdadero.

Italia no ha cambiado. Los ricos se han hecho más ricos; los pobres, más pobres. En la vida italiana sigue dominando una despiadada ley, según la cual los que están hasta abajo deben ser miserables y buenos y quienes están en lo alto pueden sentirse satisfechos y ser perversos. En la caída del fascismo sólo él ha sido refutado. Ya no existen ni la autoridad ni la estructura del Estado fascista. Sin embargo, si la fachada se desmoronó; todo lo que antes estaba detrás de la fachada ahí sigue, casi idéntico. Salvo que todo da la impresión de fragmentos dispersos de una sociedad dispersa. Todo se encuentra en un estado de suspensión: el conservadurismo junto con la necesidad de cambio; los hábitos autoritarios junto con impulsos libertarios; el nacionalismo y el cosmopolitismo natural de los italianos. La libertad política, tal como hoy existe en Italia, *está* en un estado de suspensión. Pero aun así hay una diferencia. El simple hecho de la libertad de expresión le ha dado al país una animación que tiene la apariencia de una nueva vida. La desgracia ha hecho que los italianos se sientan unidos como nunca antes. El país está lejos de encontrarse inerte.

Sin embargo, la inmutabilidad aparente de la sociedad italiana aplasta a todos. En el nivel amplio de la política, todo lo que ha sucedido lo podía predecir la imaginación menos excepcional: la fortaleza de los comunistas, el papel dominante de los católicos, la práctica inexistencia de los "liberales". De hecho, cualquiera que haya tratado de fraguar algo nuevo en la política italiana al final ha acabado en el desconsuelo: los intelectuales del Partido de Acción, quienes creyeron que tenían que ofrecer una nueva síntesis del liberalismo y del socialismo; y los demagogos del Frente del Hombre Común, quienes ensayaron una mezcla particular de lo anticuado y lo coloquial.

Es cierto que la guerra y la ocupación extranjera dejaron a los italianos con un número limitado de opciones, en cierto modo preestablecidas. Es todavía más cierto que a Italia, como a Europa toda, se le hizo tocar un fondo rocoso de hechos duros. En contra de los hechos duros, como todo mundo sabe, las fórmulas astutas no sirven de nada, aunque por alguna razón se percibe que los modelos tradicionales (o los intereses creados) ayudan. La nueva escuela realista aparece triunfante. Salvo que en Italia el realismo no es noticia; siempre quiso decir cinismo. Y un hombre fuerte hasta arriba.

El punto en el realismo político actual es que convierte a la vida política en una cuestión de inercia masiva, no de cambio.

*Es cierto que la guerra y la ocupación extranjera dejaron a los italianos con un número limitado de opciones, en cierto modo preestablecidas.*

*Cuando Togliatti regresó de Moscú, en 1944, para volverse ministro del rey, no se trajo consigo nada más un arreglo temporal; trajo de regreso a Italia la regla de oro de la política italiana, la cual había sido sacudida por los diversos acontecimientos.*

La *Realpolitik* se alimenta necesariamente en los hábitos de la masa y en las tradiciones arraigadas, no en las ideas nuevas y en los brotes espontáneos. De hecho, sus esfuerzos se deben dirigir continuamente hacia la movilización de los primeros y la supresión de las segundas. Debe seguir de manera consistente el esquema lógico del productor de cine que sostiene que las películas malas las hace el público, no él. Para el *realpolitiker* nunca es primario el asunto tal y como aparece o existe en la vida social; lo esencial es lo que estaba antes: los intereses creados, la confiable inercia de los hábitos. Hay que abolir la monarquía, pero de entrada debemos negociar con los monárquicos; la meta es el autogobierno, pero la tradición burocrática es un hecho: debemos permitir que la burocracia haga lo que se le dé la gana hasta nuevo aviso; queremos una Iglesia acotada, pero es imperativo que no marginemos a los que van a misa, entonces démosle a la Iglesia lo que quiere *ahora*. En Italia, estos argumentos los han usado los comunistas en uno o en otro momento.

Pero el tipo de razonamiento que representan tales argumentos no es de ninguna manera monopolio de los comunistas. Cuando Togliatti regresó de Moscú, en 1944, para volverse ministro del rey, no se trajo consigo nada más un arreglo temporal; trajo de regreso a Italia la *regla de oro* de la política italiana, la cual había sido sacudida por los diversos acontecimientos. El resto se encargaron de hacerlo la lucha, el gobierno aliado y la guerra fría. En la actualidad, la clase gobernante italiana es completamente conciente de la necesidad de ser "realistas". (Togliatti es considerado universalmente un genio de la política. Hasta hace poco, los conservadores eran capaces de decir que Togliatti podría llegar a ser "un segundo Giolitti", un admirable hombre de estado liberal-conservador, esto es, no más de quererlo. Sucedió que Togliatti quiso que ellos creyeran precisamente eso.)

El resultado está en que, si se excluye la aventura de la conquista comunista, a los italianos, luego de un desastre que modificó por completo los términos de sus problemas nacionales, sus dirigentes sólo les muestran un camino claro, el camino que lleva de regreso a las formas tradicionales de su sociedad. Y la tradición más reciente es, desde luego, el fascismo. No es por casualidad que los comunistas siguen la ruta de la conquista fascista: grupos armados, expediciones punitivas y demás. No existen dos maneras de hacer la misma cosa, ¿y a fin de cuentas por qué preocuparse por inventar nuevos métodos? Aparte de eso está el hecho de que al parecer nadie sabe exactamente cómo evitar la vuelta a las proposiciones fundamentales del fascismo: la autoridad del Estado,

el corporativismo de Estado y el nacionalismo como cemento. Desde luego que son muy pocos los fascistas, y lo que todo el mundo desea es cautela; los peligros son demasiados.

¿Y qué institución es capaz en Italia de ofrecer una mejor garantía de cautela que la Iglesia, el sitio de toda la tradición y de toda la prudencia? Si Italia se vuelve autoritaria, la Iglesia paliará la dureza autoritaria, como lo hizo en el fascismo. Si la democracia gana, la Iglesia verá que vaya acompañada por la dosis correcta de autoridad. En Italia, la Iglesia no ofrece tanto el cielo como abrigo ante el mero impacto de la historia. Y recientemente actuó de manera muy eficaz como intermediaria entre la nación derrotada y el grande de este mundo. Con toda seguridad los italianos están destinados a sentirse protegidos por la Iglesia.

En este sentido, al menos, el padre Martelli estaba en lo cierto. Lo fui a ver a su templo. Es un horror de templo, construido en una especie de estilo romanesco para un barco de crucero, que es el equivalente religioso de la sombría vacuidad de la arquitectura oficial fascista: un paralelepípedo de ladrillos puestos sobre el piso y flanqueado por otro paralelepípedo del mismo material, pero elevado, pues debe representar la torre del templo. El corazón del malvado infiel no puede sino regocijarse ante tal prodigio de falsedad estructural. Sin embargo, la oficina de Martelli era una sencilla habitación de muros blancos, casi vacía, que mostraba todas las señales de la ejemplar parsimonia jesuítica. En ella había la misma aridez implacable que conocí en el colegio. Martelli no quería de ninguna manera que los fieles burgueses se sintieran a gusto en ella.

De las cosas que a la distancia me había imaginado de Martelli, una resultó ser cierta. Más que nada, que se había llenado de trabajo. Por fuera se veía saludable y fuerte. Sólo que al caminar tenía que ayudarse con un bastón, y avanzaba con paso lento y pesado, como si reprimiera un dolor oculto o si a cada paso hiciera un gran esfuerzo. También en su habla había esfuerzo. Su brillante sotana tenía remiendos en más de un sitio. Usaba botas de suela gruesa, gastadas pero bien boleadas. Cuando llegué estaba contando pequeñas notas y las iba acomodando en pilas en el interior de una canasta. “Las almas”, dijo, “son escasas”.

Una de las primeras cosas que me dijo es que desearía conocer más sobre la democracia estadounidense. El asunto no le quedaba claro. A él le habían dicho que la democracia de los estadounidenses se funda finalmente en la educación. Pero en ese caso, ¿en qué se fundaba la educación? ¿Cómo podía existir la educación sin una verdad suprema que reuniera al maestro, al alumno y a la sociedad?



—No sé de Estados Unidos —siguió—. Pero sí sé del tipo de democracia que se supone tenemos aquí. Es una impostura: la mentira que tienes que decir para triunfar. La mayor mentira de todas es la democracia cristiana, una contradicción de términos. En el otro extremo están los comunistas. Los comunistas persiguen su propio objetivo anticristiano; pero ellos sí cuentan con una idea de la autoridad. Es muy normal que exploten la confusión con el fin de hacer el mal. No puedes decir que mientan. Su fe es la que es una impostura, el error de nuestro tiempo. Sin embargo, los otros partidos son lamentables. Para casi todos ellos, la mentira a la que llaman “democracia” es sólo una manera de andar a tientas. De la confusión hacia una confusión mayor. Entre las mentiras se encuentra este país inerme, “una embarcación sin piloto en medio de una enorme tormenta”.

Le dije que su amargura me sorprendía. Que yo había pensado que un católico se sentiría muy esperanzado en Italia. En los últimos ochenta años, la Iglesia no había estado tan fuerte política y económicamente. Y los demócratas cristianos, a fin de cuentas, podían resultar un expediente útil. ¿Por qué oponerse a ellos sobre el terreno de la lógica?

Su sonrisa era cansada.

—Diplomacia. Lo sé, lo sé. El problema está en que esa no es la respuesta adecuada. La diplomacia tal vez sea necesaria en lugares elevados, pero no le puedes dar respuestas diplomáticas a la gente que viene en busca de consejo y alivio. Hay que asumir riesgos y abrirles el corazón. La gente está preocupada. Cada vez le cuesta más trabajo ser cristiana en una sociedad que cada día se vuelve menos cristiana. Son presas de la ansiedad política y económica. Quieren saber qué hacer *ahora*. Sólo dándoles respuestas directas puedes conservar su confianza.

—¿Y cuál es tu respuesta? —pregunté.

—Te debieron haber dicho que soy un fascista —dijo con una risa infantil—. Desde luego que no lo soy. Soy jesuita. Más aun, la única restauración que a mí me importa es la restauración de la sociedad de Cristo. Pero si queremos ser serios y no nada más dar el grito de alarma una vez que el lobo ha muerto, tenemos que reconocer que el fascismo, en la medida en que entendió que el problema social es ante todo un problema de autoridad y que no puede haber autoridad sin el catolicismo, fue un paso en la dirección correcta, y una muy importante en ese sentido. El problema estuvo en que Mussolini, al igual que muchos italianos, era un *amateur*. Creyó posible que un dirigente político de nuestro tiempo fuera católico hasta cierto punto. En esto no fue mejor que muchos políticos liberales. Italia paga hoy su error. Pero

el hecho es que si el fascismo fue derrotado, de ningún modo se ha demostrado que estaba mal. Lo supimos en el momento en que nos volvimos un pueblo conquistado. Si yo fuera cardenal sería prudente. Pero soy un párroco, ¿y en toda conciencia qué le puedo decir yo a la gente que me viene a ver en busca de consejo, salvo que no se debe renunciar al principio que empezaba a darle a la nación italiana una verdadera forma católica? Lo que me tranquiliza es que la generación más joven parece ser consciente de este deber.

Todo lo anterior lo afirmó con apasionamiento, como si se tratara de una creencia personal por completo. Pero no lo era. De hecho, otro jesuita, el padre Lombardi, el orador más popular en Italia después de Togliatti, estaba diciendo casi lo mismo en lugares públicos y en la radio,<sup>6</sup> donde se presentaba con las palabras: “Jesús está al micrófono. Jesús les quiere hablar. Escuchen a Jesús”. La portada del libro que reunía sus emisiones de radio muestra una reproducción de la cabeza de Cristo, de Rafael, en *La transfiguración*, con el añadido de un micrófono bien recortado en la esquina derecha. El mensaje político del padre Lombardi era sumamente directo. Trataba de animar a los desalentados italianos señalando que “una vida reorganizada nuevamente podría ser mejor que aquella a la que se nos ha obligado a renunciar”. Italia, decía, sigue contando con el mejor de todos los patrimonios, Roma y el papa. Las mayores glorias de Italia han sido todas cristianas y católicas. La nación es capaz de renacer a pesar del “penoso tratado de paz” que le impuso “la cobardía de los conquistadores”. Italia tiene el derecho de recuperar sus colonias y de tener un ejército nuevo, cuyos jóvenes soldados “puedan volver a cantar confiadamente las canciones de la madre patria”. Si los italianos se apegan a sus “dos madres, la madre patria y la Iglesia”, no puede haber duda en cuanto al “triumfo final”. En su última charla, al orador le preocupaba si “el maligno no desatará una guerra para impedir el renacimiento de Italia en Cristo... y que derrame sangre nueva sobre nuestro suelo”. “Esa sangre”, se respondía con seguridad el propio padre, “de ser necesario que se derrame, traerá la desgracia sobre quienes cometan el crimen. Y a partir de esa sangre Italia renacerá, más hermosa que nunca”.

*El mensaje político del padre Lombardi era sumamente directo. Trataba de animar a los desalentados italianos señalando que “una vida reorganizada nuevamente podría ser mejor que aquella a la que se nos ha obligado a renunciar”.*

<sup>6</sup> Ricardo Lombardi (1908-1979). Sacerdote jesuita muy popular en la Italia de los decenios de 1940 y 1950 por su feroz actividad propagandística en contra de los comunistas y en favor de la regeneración moral de la sociedad. Fundó un movimiento de renovación religiosa, *Movimento per un Mondo Migliore*, y a partir de 1947 se le conoció popularmente como *Microfono di Dio* por su programa de radio *Quaresimali*. El fin del papado de Pío IX y el ascenso de Juan XXIII señalaron el final de su protagonismo. Murió prácticamente en el olvido.

*La armonía entre la religión y la política seguiría siendo la norma generalmente aceptada, y siempre se la podría alcanzar por medio de algún tipo de ajuste inteligente.*

Le dije a Martelli que sus observaciones me recordaban las que predicaba el padre Lombardi. La idea general parecía ser el *nacional catolicismo*, ¿o yo me equivocaba?

—Alcanzo a ver la lógica en eso —dije—, pero no veo cómo pueda hacerse funcionar tu idea de la autoridad. Si lo que tú tienes en mente es una teocracia absoluta, déjame entonces que te diga que en mi opinión no tiene ninguna posibilidad. Concediendo que los italianos son en su gran mayoría católicos, debes reconocer que su catolicismo es de un tipo tal que excluye precisamente la noción de que la idea deba convertirse en un poder absoluto. Y no estarás pensando en una nueva aventura dictatorial, ¿o sí?

—Tú has estado afuera durante mucho tiempo —respondió—. Parece que te has conservado más optimista que yo. Todavía sigues pensando en términos de alternativas intelectuales. Sólo que no hay alternativas, mi querido amigo. Si semejante teocracia, como tú la llamas, fuera hoy una opción real para Dios, significaría que la sociedad se había conservado esencialmente cristiana. La armonía entre la religión y la política seguiría siendo la norma generalmente aceptada, y siempre se la podría alcanzar por medio de algún tipo de ajuste inteligente. Por desgracia no vivimos en el siglo XIII. Vivimos una época que es la negación de toda armonía. Si tú fueras sacerdote, sabrías hasta qué horrible extremo la vida moral del individuo cede constantemente terreno bajo la presión del desorden social. La restauración cristiana hoy quiere decir la reconquista cristiana de la sociedad. La única pregunta es: “¿por dónde debemos empezar?”. Si por dictadura te refieres a un poder de emergencia, sólo puedo responder que la situación actual es, a decir verdad, de una emergencia lamentable. No hay otro punto de partida salvo un acto de autoridad.

Salí de ahí y me vi nuevamente en las calles y cuadras romanas: el espacio romano, tan generoso, tan libre de coacciones, que no rechaza a ningún individuo ni le pide nada, salvo elegir un disfraz y representar un papel, olvidándose de sí mismo en él. El elenco es innumerable, el escenario está preparado de una vez y para siempre. En él hay espacio para el fanático y para el cínico. Sólo está excluida la persona real: el hereje. ¿O no?